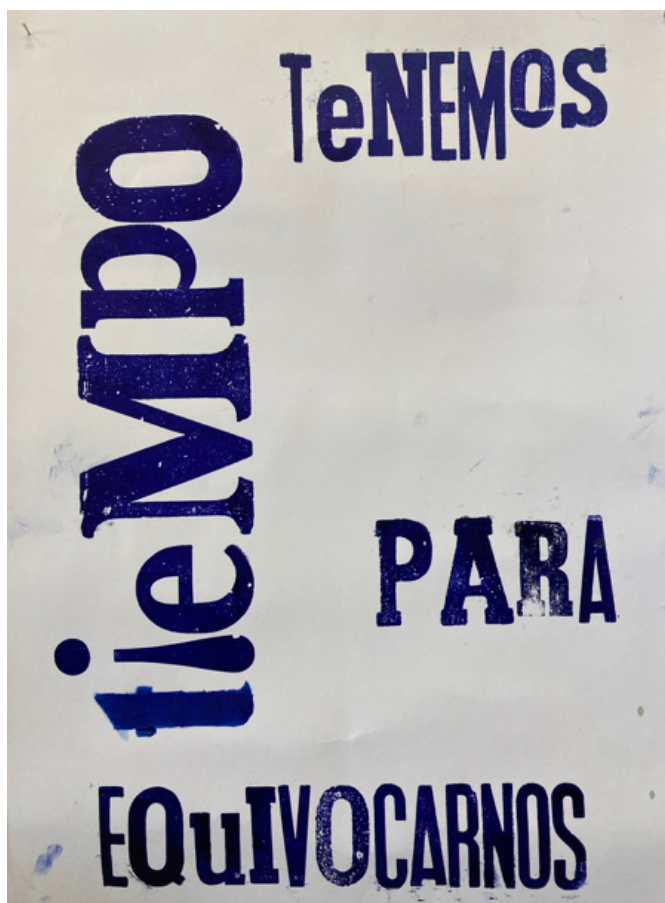

Vínculos protagónicos entre generaciones.

Reseña de *hacer rancho. desobediencias afectivas contra el adultocentrismo*

paüláh nurit shabel. Editorial Chirimbote (Argentina) 2024. 174 páginas

Micaela Irene Macía



Nuestro tiempo. Grupo de adolescencias
ApexAndo, del Programa APEX, de la Universidad
de la República de Uruguay

Vínculos protagónicos entre generaciones.

Reseña de *hacer rancho. desobediencias afectivas contra el adultocentrismo*

paülah nurit shabel. Editorial Chirimbote (Argentina) 2024. 174 páginas

Micaela Irene Macía
Lic. en Musicoterapia, UBA
michaelamacia1@gmail.com

hacer rancho. desobediencias afectivas contra el adultocentrismo es una obra de paülah nurit shabel, escrita desde las intersecciones entre la academia y la militancia, desde la ciencia y la política, en la universidad y en el barrio. Como autora de artículos académicos, se ha interesado en las prácticas de cuidado, las pedagogías queer/cuir y los vínculos [inter/trans]-generacionales desde una mirada situada en la Ciudad de Buenos Aires. Su trayectoria como militante de AulaVereda¹ y su producción académica sobre los afectos y las epistemologías del sur confluyen en esta obra que desafía las formas tradicionales de narrar, investigar y pensar la teoría, poniéndola al servicio de hacer rancho, que no es otra cosa que armar lazo entre generaciones desde una perspectiva anti-adultocéntrica, protagónica y radicalmente democrática.

Se trata de un libro construido desde el encierro, la incertidumbre y el colapso de la época de pandemia. Allí, la escritura representa para la autora una forma de desparramar en las palabras algo de la ira por las situaciones que escuchaba de las pibas y pibes del barrio —niñas y niños en jerga local—, y la gratitud por la construcción de trincheras afectivas que sostenían el presente y que apaciguaban un poco la idea de fin de mundo que se anticipaba: “El libro conversa con otras posibilidades de hacer mientras acaricia sus propias sombras de dolor y daño” (shabel, 2024, p. 10). Tal como señala paülah en la introducción, hacer rancho es un interjuego de escucha atenta y sensible y ensamble de ideas y obsesiones conceptuales. Los textos que contiene fueron producidos en contextos diversos como clases, conferencias, artículos, conversaciones con amigxs y diarios de campo y aquí se reúnen para pensar, sentir y fabular posibles formas de estar con otrxs que no participan de nuestra generación, pero sí de nuestro mundo.

¹ Aula Vereda es un espacio de educación popular que funciona en el Centro Cultural La Casa de Teresa, en Almagro, CABA. Es una esquina-trinchera donde militantes y pibes y pibas del barrio aprenden, pasan el rato y construyen formas de vincularse entre generaciones.

Pistas de lectura

Lejos de poder encasillarse en un género definido, la estructura de este libro danza y conversa entre ensayo, ficción y crónica. Es también un juego estético y político que, desde una escritura viva, eriza la piel al leerlo y transporta el cuerpo a las hostilidades del mundo pandémico aunque también a los intersticios y fugas que hicieron de esa, una época más vivible. Cada capítulo viene acompañado de un código QR que enlaza a una lectura en voz alta de ese mismo texto, realizada por personas cercanas a la autora, compañeras de lucha, de amistad y de vida. La escucha se convierte así en parte de la experiencia de lectura: las voces le dan cuerpo a las palabras y nos muestran una prosa sonora y el estilo en el que cada narradora se sumerge entre pausas, cadencias y ritmos singulares.

No resulta casual que el libro forme parte de la editorial Chirimbote. Se trata de un colectivo autogestivo que promueve y edita libros que desafían los estereotipos actuales desde la búsqueda de una nueva mirada de la infancia y del mundo. Lejos de la industria cultural masiva, esta editorial se compone a partir de un armado cooperativo en vínculo con docentes, instituciones educativas, organizaciones sociales y medios comunitarios, con el objetivo de expandir ideas contra-culturales. Acompaña esta publicación el sello editorial Ternura Revelde, que nació con otro libro que hace a la colección de Chirimbote y que incluye una serie de publicaciones escritas desde una lógica colectiva de producción, reflexión y compilación.

El libro se organiza en dos partes, anteceditas por un prólogo escrito por val flores y una introducción general. Además, se intercala una serie de páginas de Rastros, decires callejeros, grafitis —pintadas en muros, rejas, persianas— que actúan como potentes intervenciones visuales: textos insurgentes que enchastran el libro y al mismo tiempo lo sostienen en su dimensión afectiva y política. Esa estética del enchastre es parte del gesto general del libro: desbordar, desordenar e hilvanar desde ese caos nuevas y posibles formas de vincularnos.

El prólogo, titulado ¿Puede rugir un libro? Desobedecer la edad, fabular un nosotras, veredear futuros, es una pieza íntima, amorosa y poética, escrita por val flores, docente y activista lesbiana, amiga y cómplice de paülah en su práctica de escritura. Desde las imágenes urbanas que irradia -la rayuela desdibujada, las veredas con hollín, banderines colgando-, nos presenta a la autora y al libro desde una ternura radical.

La introducción general, De monstruos, dolores y amores, ubica el libro en su contexto de producción: la pandemia, el encierro, la desesperación del aislamiento, pero también la escucha de voces y decires de amigxs, vecinxs, pibes y pibas del barrio que narran su sufrimiento, su rabia y también su resistencia. Desde esta escucha sensible, paülah propone lanzar tres piedras. Una de ellas es contra el adultocentrismo, el viejismo y el edadismo. Desde una posición [inter/trans]-generacional, esto implica encontrar qué puentes tejer entre los grupos etarios para tumbar los libretos sobre cómo nos relacionamos entre las diferentes edades y romper con la “jerarquización etaria”. La segunda piedra, de la mano de autorxs queer/cuir, apunta contra la retórica desarrollista que impone una racionalidad instrumental. Se trata de proponer el cuidado como una práctica participativa, un diálogo y escucha sobre las necesidades, bien alejados de una posesión. Se plantea entonces que existe una desigual asignación de la precariedad en los diferentes grupos etarios. La ter-

cera piedra se dirige hacia el productivismo, ese imperativo de utilidad que se traslada a los vínculos con niñxs y adolescentes, que nos hace creer que en cada encuentro debemos estar enseñando algo y que no podemos, simplemente, disfrutar de la mutua compañía entre generaciones. Cada una de estas piedras enuncian la ruptura de un paredón, y en su conjunto intentan abrir grietas para imaginar otras formas de con-vivir.

Primera sección

“Hacer lazo y hacer refugio con quienes nos dijeron que no valía la pena puede ser un inicio de subversión [inter-trans]-generacional” (shabel, 2024, p. 69)

En su primera parte, *En la esquina de mi barrio*, el libro se sumerge en la cotidianeidad barrial y en las formas de sostén comunitario desplegadas en tiempos de pandemia. Allí aparece el centro cultural La casa de Teresa -el “Tere”-, como un lugar clave para el acompañamiento material y emocional, una trinchera afectiva y espacio de resistencia. La entrega de bolsones, el armado de ollas populares, los encuentros fugaces en la vereda, se narran como prácticas de cuidado mutuo que exceden una tarea meramente asistencial. En este espacio, lxs militantes de Aula Vereda y del centro cultural se reunían semanalmente, como una guerrilla afectiva para organizar gestos de ternura radical, para escucharse y encontrarse.

En este sentido, la terminología que propone la autora para esta forma de estar con otrxs es “ranchar”. Se convierte en una figura epistémica: un modo de estar juntxs, de construir refugios precarios pero vitales ante la intemperie neoliberal. En su etimología lunfarda, “rancho” remite a una vivienda construida con lo que hay a mano. Así, hacer rancho entre generaciones implica tejer lazos con lo disponible, reconocer las fragilidades propias y ajenas, y construir una comodidad compartida ante la incomodidad estructural del mundo. En esa esquina colorida del corazón de Almagro, el Tere funcionaba como un centro de operaciones afectivas, una “zona temporalmente alegre” (shabel, 2024, p. 43) que, entre barbijos y saludos de codo nos volvía a acercar y nos invitaba a reconstruir lazos y alianzas multiedades.

Nadie sabe bien qué hacer más allá de los protocolos vinculares que distinguen roles específicos en espacios fuertemente delineados. Y no se trata de negarlos ni proclamar una obsolescencia terminal de lo que existe, sino de plantar ahí mismo el interrogante: ¿y qué más, qué otra cosa puede existir? (shabel, 2024, p. 95)

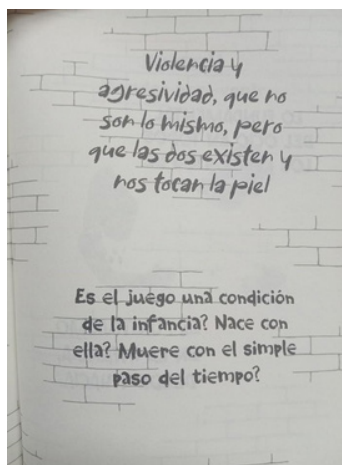
Entre los relatos de esta primera parte, aparece también una reflexión sobre el impacto diferencial de la pandemia según las condiciones materiales y afectivas de cada persona, y qué estrategias cartografiaron un posible plan de acompañamiento. Estas ideas resuenan con algunas pistas para pensar la pandemia de la mano del psiquiatra comunitario Emiliano Galende (2020), quien explica que la seguridad psíquica de las personas depende de dos condiciones básicas: el ingreso económico y el acompañamiento emocional afectivo. Por un lado el ingreso de dinero hace a una serie de certezas que cada persona puede garantizarse: tener comida para la semana, servicios, un techo y en el mejor de los casos tiempo y espacios de ocio. Con respecto a la red emocional, se trata de un sostén que co-

labora con un alto nivel de seguridad y recursos para enfrentar una situación de crisis tal como una pandemia nos empuja. En este marco, la precariedad no es sólo una condición material, sino también una experiencia vincular. ¿Qué formas de afecto pueden sostenerse cuando todo parece desmoronarse? paulah apuesta y deja entrever en sus relatos de campo con historias de realidades crueles y punzantes, que es posible la construcción de otras formas de proximidad entre generaciones desde esa escucha sensible y desde una perspectiva de participación y cuidado mutuo.

En estos primeros apartados se reúnen relatos de las pibas, historias de los márgenes de la ciudad, entramadas con las reflexiones teóricas de Haraway, Derrida, Ahmed y Butler sobre hacer refugio, sobre la amistad y la precariedad de los cuerpos para subrayar los modos de estar entre generaciones, abrazando la alteridad y a su vez creando formas de hacer comodidad “para que podamos andar sin frío en la intemperie que es vivir” (shabel, 2024, p.116). También se interroga la idea de que la adultez y la infancia están enlazadas únicamente por prácticas de cuidado unilaterales, de las primera hacia la segunda. El punto de fuga aquí es entender el protagonismo y la participación entre generaciones desde una mutualidad que no borra una asimetría necesaria, pero si trae a la superficie la idea de construir una forma de estar con otrxs desde una compañía amistosa.

Segunda sección

Frente a la intemperie de un sistema que acumula opresiones, la práctica educativa puede ser el conjuro compartido entre grupos de edades, donde ciertos conocimientos se ubican en el centro de la relación y a su alrededor se mueven niñxs y adultxs, produciendo una forma de proximidad específica entre generaciones (shabel, 2024, p.144)



La segunda parte del libro, Mundos por-venir, nos traslada a un plano más luminoso debido al fin del confinamiento —aunque sin borrar ni intentar resolver la tensión con las sombras—. Aquí se compilan seis textos publicados previamente por la autora en diferentes medios, ahora reescritos y entramados bajo una lógica común: la apuesta por pensar y sentir otros futuros posibles. En esta sección se ensaya una política de la esperanza no ingenua, que no niega el dolor ni la pérdida, pero que los vuelve materia de pensamiento. Es en este equilibrio inestable entre la herida y la imaginación donde el libro se vuelve más

potente y se expande en los territorios del barrio y de la escuela.

La escuela entra en escena en los primeros dos apartados donde lxs protagonistas de esta institución: estudiantes y docentes, son ilustrados por paulah como criaturas monstruosas que, en la multiplicidad de sus formas de existir, irrumpen de manera desordenada y novedosa en los territorios áulicos. De la mano de las ideas de la pedagogía queer/cuir, la ESI y la metáfora de la monstruosidad, se recorren las prácticas educativas desde una perspectiva que lejos de cerrar sentidos, invita a trastocarlos y convida a arrojarnos a la alteridad como una actividad de riesgo, inesperada. Una puerta abierta para habitar un entre, una gesta de lazos que hagan de este, un mundo más amable.

Las calles del barrio se hacen presentes en los siguientes dos apartados, a través de relatos de asfalto, de pibes y pibas, de plazas y de la impunidad policial que se abalanzan en una escritura cruda y se unen en un grito contra la hostilidad del sistema. Frente a esto, la amistad entre generaciones aparece como refugio, como una “(...) sublevación afectiva en marcha, que nos hace de refugio y de trinchera de contraataque” (shabel, 2024, p.167). Las niñeces aparecen aquí como esta otredad radical, una extranjería que nos convida a bienvenir aquello ajeno, extraño y desconocido y hacerle lugar a la diferencia.

El libro finaliza con reflexiones en torno a la temporalidad, una pregunta abierta sobre cómo es posible imaginar un tiempo vital en el que no sea necesario pensar la edad como un parámetro medible en el proceso de armar lazos entre generaciones.

Palabras finales

Desde mi lectura, como trabajadora de la salud mental, el libro transita la metáfora de una tensión constante entre las luces y las sombras. Mientras la primera parte —centrada en el contexto de pandemia, el dolor, la precariedad y los vínculos desde la urgencia— se percibe más sombría y haciendo foco en los gestos cotidianos de cuidado, la segunda parte trae un registro más esperanzador, más luminoso, donde se esbozan posibilidades, fugas y futuros por-venir. Los vínculos de amistad intergeneracionales que se gestan entonces desde una práctica participativa que pone en jaque los mandatos etarios. Tanto en el barrio como en las prácticas profesionales de salud y educación con pibes, encarnamos estas tensiones que, tal como hacer rancho grafica, no buscan ser resueltas, ni se impone un desenlace único. Por el contrario, las tensiones nos sostienen como un modo ético de estar en el mundo: asumir que la vida se trama entre estos matices opuestos, que las luces no borran las sombras, y que incluso en los rincones más oscuros puede brotar una forma de compañía. La potencia del libro reside, precisamente, en esa oscilación constante que rehúye de las certezas y abraza la ambivalencia como potencia política y afectiva.

Bibliografía

- Galende, E. (2020). Pandemia y atención comunitaria. *Salud Mental y Comunidad*, (7). <https://revistas.unla.edu.ar/saludmentalycomunidad/article/view/5107>
- shabel, P. N. (2024). *Hacer rancho: Desobediencias afectivas contra el adultocentrismo*. Editorial Chirimbote.